

Los colores de la montaña: la vida antes de la tragedia

Daniel Andrés Parra Mejía

Enfocarse en la vida antes de la tragedia es una de las metas de la película **Los colores de la montaña** (2010). ¿Y cuál era esa vida de antes? La de una familia campesina que vivía en una zona cafetera de Colombia, Antioquia -de montañas respingadas y una exuberancia de los paisajes verdes-, que ha sobrevivido gracias a su tierra, los animales que ha tenido y mantiene. Para los campesinos, lo más importante es su tierra porque es indispensable, sin ella, es como si no tuvieran vida, o como si no pudieran vivirla. Esta es la presión que siente Ernesto, el padre de Manuel, protagonista, quien no quiere irse de la vereda La Pradera, porque lo instigue un grupo armado ilegal.



Por el lado de Manuel, 9 años, se reconocen tres intereses: su familia, su escuela y sus amigos. Cada uno de estos tres aspectos se dibujan en la película como tres caminos que disparan la tragedia. Por cada uno de ellos, llegará al mismo punto, como el adagio “todos los caminos conducen a Roma”, al protagonista todos los caminos lo conducirán a conocer el conflicto armado. Lo constructivo y sutil de la puesta en escena, es que logre este ambiente sin verse masacres, sin ver sangre, sin apelar a lo grotesco.

A Manuel lo acompañan Julián, el amigo mayor, y “Poca luz”, el albino. Para privilegiar la perspectiva de los niños y de este modo percibirse el ambiente de tragedia, fue necesario ver y dejarse permear artísticamente del cine iraní, ese que tanto Carlos César Arbeláez, director, como Juan Pablo Tamayo, productor, abiertamente reconocen admirar. Autores como Abbas Kiarostami y películas como **¿Dónde está la casa de mi amigo?** y **El pan y la calle**, fueron parte esencial de la guía durante los 9 años que duró toda la realización del proyecto.



Días antes del estreno de la película en Colombia, le pregunté al productor Tamayo, ¿cuál era la clave para que la película guste a públicos y a jurados? “La sutileza del lenguaje” afirmó él. Este fue el objetivo que se planteó desde el principio, centrarse en la amistad de Manuel, Julián y “Poca luz”, los tres personajes, que estrenan un balón de fútbol que va a parar en un campo minado. Para su director *“es un homenaje a la amistad que finaliza por culpa del desplazamiento. Es intimista y psicológica pero no sociológica”*.

Los jurados del premio Kutxa - Nuevos Directores del Festival de San Sebastián (España) votaron por la cinta argumentando que “a través de su engañosa sencillez y moderado uso de recursos cinematográficos, la película consigue mostrar la fragilidad de la integridad humana en medio de un conflicto armado”.

Las cuatro proyecciones en San Sebastián, las tres del Festival de Cartagena y las dos del Festival Internacional de Ronda se llenaron. “Carlos César Arbeláez saludaba agasajado, y las personas que abarrotaban la sala dos del Kursaal, lanzaban vítores y volvían a aplaudir. Y así, durante casi dos minutos. Hubo quien, incluso, se puso en pie,” dijo K. Romeo para el diario español *El País*.

Recuerda Tamayo que desde que conoció la primera idea del director, hacer un cortometraje, le llamó la atención que “quisiera retratar el más allá del conflicto sin centrarse en él, sin sangre, por eso se llamaba Detrás de la montaña.” Para inicios de 2006, luego de completar la versión de guión número 5 de las 18 que se realizaron, Tamayo se puso a la tarea de conseguir recursos. La desempeñó hasta 2008, cuando gracias a la beca de Ibermedia, el apoyo de la productora panameña Jaguar Films y el estímulo nacional del Fondo para el Desarrollo Cinematográfico sumó casi el 60% del costo total.

Pasó luego a planear la preproducción, donde se destacan los seis meses de trabajo de selección de actores naturales y una corta investigación sobre conflicto y desplazamiento forzado, sin “encontrar mucho material, pero decidimos guiarnos por la intuición del mundo de los niños” afirma Tamayo. La otra condición para elegir actores, es que debían ser hijos de desplazados. Seleccionados, se trabajó con ellos los fines de semana durante otros seis meses para que se hicieran amigos, “A los niños no se les puede decir que actúen como si fueran amigos y esperar que lo hagan” dice Arbeláez. Y a lo largo de la película sus actuaciones se ejecutan con tanto realismo que en ocasiones, los actores profesionales y experimentados, no logran transmitir toda la naturalidad que sí logran los niños.

La importancia de conocer la vida antes de la tragedia en *Los colores de la montaña*, sirve para que el espectador calcule el tamaño de la pérdida, preguntándose en el proceso, si huiría o si se quedaría aferrado en la vereda. Si se queda, de seguro sabrá que lo matarán, pero si huye, se sumará a los millones de desplazados por la violencia, y llegará, con algo de suerte, a la ciudad para que allí crean que ser desplazado es una estrategia que se inventaron los pobres y no, como debería ser, la estrategia de los ricos para sacar a los pobres.

Daniel Andrés Parra Mejía. Periodista y escritor colombiano.